

Domingo 29 de Enero de 1984

EL PAÍS

Alone, la muerte y la palabra

● Comentario del presbítero Raúl Hasbún en canal 13 de TV.

Cinco o seis años atrás Hernán Díaz Arrieta, Alone, le confidenciaba a una periodista que él se había vuelto vacilante en su fe católica. "No es que haya dejado de creer en Dios", precisaba. "Sería tan absurdo como dejar de creer en uno mismo. Lo que pasa es que la muerte, la muerte de tanta gente que ha sido amiga de uno y que se va, no vuelve, no habla. Con cuántos de estos amigos dijimos: 'Cuando tú te vayas, volverás y hablarás conmigo'. Pero van y no vuelven y no hablan. Por eso morir significa acabarse".

Estas palabras, esta dramática confesión producida por Alone cinco o seis años atrás, cobra una también dramática vigencia a las pocas horas de su muerte y plantea dos preguntas que intentaremos responder. La primera se da de hecho: ¿Es posible que se dé una comunicación entre vivos y difuntos? Y la segunda se podrá decir también de Alone que morir significa acabarse, ¿Puede darse una comunicación entre vivos y difuntos sin necesidad de apelar a la fe cristiana?

Una simple certeza filosófica nos dice que el espíritu, no siendo material, no puede corromperse ni desintegrarse. La muerte sólo afecta de modo directo al cuerpo. El cuerpo inanimado se reintegra al ciclo vital del universo físico, mientras que el espíritu momentáneamente separado de esta alianza, de esta sociedad solidaria que tiene con el cuerpo, ingresa a un universo inmaterial, pero no por eso irreal.

Y en ese universo ima-



Raúl Hasbún.

terial, pero perfectamente real, el espíritu conserva sus dos capacidades fundamentales: conocer y amar. Los difuntos son capaces de saber, de querer, son capaces de alegría y son capaces de tristeza, sólo que con una modalidad que hasta ahora para nosotros permanece desconocida.

Esto significa que de una forma bien entendida, descartando todo lo que sea superstición, magia, manifestaciones groseras y malinas de pseudo manifestación o pseudo encarnación de espíritus, puede darse que los vivos hablen por los difuntos, que los difuntos hablen por los vivos y que los vivos hablen con los difuntos.

Los vivos hablan por los difuntos cuando interceden en su oración por ellos para que terminen de purgar sus pecados antes de ingresar a la misión de Dios en el cielo. Los difuntos también hablan por los vivos, porque escuchan sus oraciones y se las presentan a Dios y se gozan en conseguir que Dios

les atienda de un modo favorable.

Pero también, y esto es lo más hermoso, los vivos pueden hablar reciprocamente con los difuntos. Claro que sí. Es perfectamente ortodoxo, es psicológicamente normal que un padre y una madre con sus hijos, que los esposos entre sí, los amigos —cuando uno de ellos ya ingresado a la eternidad— conversen sus inquietudes, sus anhelos, sus temores y esperanzas, que se pidan recíprocamente cosas.

Es perfectamente posible y yo he visto que sacerdotes eminentes en su edad, en su ciencia y en su santidad conversen con el difunto padre fundador de su comunidad, en términos tales que ni el más escéptico, cínico o ateo podría osar, dudar o mucho menos reírse.

Es perfectamente posible que una persona reforme su mala conducta para no contristar ni ofender a un difunto del cual él está cierto "él me está mirando y él se puede poner triste con mi mala conducta". Es perfectamente posible eso, que la fe cristiana llama la comunión de los santos.

La amistad, la solidaridad, la recíproca comunión de bienes, de sentimientos de una amistad que permanece más allá de la muerte. Por eso a esa primera pregunta respondemos positivamente, con certeza filosófica y con certeza de fe: sí, es posible la comunicación entre vivos y difuntos, pero con una modalidad que es la propia del espíritu. Un espíritu que sin el lenguaje de la carne vaya directamente al santuario de la conciencia en el lenguaje de

la fe, en el lenguaje de la fidelidad, en el lenguaje del anhelo de aquellos que se aman y sienten que su amor es y debe ser para siempre.

La segunda pregunta es todavía más fácil de contestar. Alone ha ingresado a la eternidad y ha ingresado como lo que fue por eminencia: un cultor y maestro exímio de la palabra y la palabra es uno de los nombres de Dios.

La palabra es hija de Dios y la palabra es hija predilecta de los hombres que se parecen a Dios. Un hombre que ha pasado toda su vida como un cultor y maestro exímio de la palabra, fiel al misterio sacrosanto de la palabra, es un hombre que está ciertamente en camino hacia las entrañas de Dios.

Por eso Alone no debiera haber temido su ingreso a la eternidad, ni debiera temer que el pueblo que lo conocía, que el pueblo que aprendió de él el arte exímio, el respeto a eso que se llama la palabra, se olvide de él. El pueblo chileno no olvidará nunca que aprendió de Alone el respeto al idioma castellano, el idioma de la dignidad del hombre, el idioma de la fe en Dios, como en forma excelso lo dijo ese otro maestro de la palabra que fue y que es don Jaime Eyzaguirre.

Por eso nos atrevemos a decir, pocas horas después del fallecimiento de Alone, que la que era su fe vacilante, que lo que aparecía su eclipse de esperanza, en estos momentos se ha trocado en la gorosa y plena visión y posesión de la luz. Que lo que parecía un silencio, se ha convertido ahora en un encuentro gozoso y locuaz de él y de todos los que como él rindieron culto a la palabra en torno a un ser fascinante, misterioso, admirable que se llama el Verbo, la palabra, Dios.

Alone, la muerte y la palabra [artículo] Raúl Hasbún.

Libros y documentos

AUTORÍA

Hasbún, Raúl, 1933-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1984

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Alone, la muerte y la palabra [artículo] Raúl Hasbún.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile